

Homilía de XXXIII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2012 - 2013 - (Ciclo C)

“Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas”

Introducción

Estamos ya concluyendo el Año Litúrgico, por eso los textos de la Escritura de este domingo nos invitan a reflexionar sobre las realidades últimas, sobre el fin de la historia y la venida definitiva de Cristo. Albergamos la inquietud por conocer el origen, la dirección o el sentido de la realidad que nos envuelve y de la que formamos parte. Jesús nos alienta a adoptar una actitud fiel y confiada ante sus palabras y el misterio de su persona. Sólo unidos a él por la fe podremos descubrir el sentido de nuestra vida y alcanzar la verdadera salvación.

En este domingo se celebra también el día de la Iglesia diocesana. Esta celebración nos hace tomar conciencia de que formamos parte de una comunidad más amplia que nuestra parroquia y que debemos orar y velar por ella para que toda ella de testimonio de Cristo resucitado ante un mundo con frecuencia hostil al mensaje evangélico.



Fray Manuel Ángel Martínez Juan
Convento de San Esteban (Salamanca)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Profeta Malaquías 3, 19-20a

He aquí que llega el día, ardiente como un horno, en el que todos los orgullosos y malhechores serán como paja; los consumirá el día que está llegando, dice el Señor del universo, y no les dejará ni copa ni raíz. Pero a vosotros, los que teméis mi nombre, os iluminará un sol de justicia y hallaréis salud a su sombra.

Salmo

Salmo 97, 5-6 7-8. 9 R/. El Señor llega para regir la tierra con justicia.

Tañen la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor. R/. Retumbe el mar y cuanto contiene, la tierra y cuantos la habitan; aplaudan los ríos, aclamen los montes. R/. Al Señor, que llega para regir la tierra. Regirá el orbe con justicia y los pueblos con rectitud. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a los Tesalonicenses 3, 7-12

Hermanos: Ya sabéis vosotros cómo tenéis que imitar nuestro ejemplo: No vivimos entre vosotros sin trabajar, no comimos de balde el pan de nadie, sino que con cansancio y fatiga, día y noche, trabajamos a fin de no ser una carga para ninguno de vosotros. No porque no tuviéramos derecho, sino para daros en nosotros un modelo que imitar. Además, cuando estábamos entre vosotros, os mandábamos que si alguno no quiere trabajar, que no coma. Porque nos hemos enterado de que algunos viven desordenadamente, sin trabajar, antes bien metiéndose en todo. A esos les mandamos y exhortamos, por el Señor Jesucristo, que trabajen con sosiego para comer su propio pan.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 21, 5-19

En aquel tiempo, como algunos hablaban del templo, de lo bellamente adornado que estaba con piedra de calidad y exvotos, Jesús les dijo: «Esto que contempláis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida». Ellos le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?». Él dijo: «Mirad que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: “Yo soy”, o bien: “Está llegando el tiempo”; no vayáis tras ellos. Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque es necesario que eso ocurra primero, pero el fin no será enseguida». Entonces les decía: «Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países, hambres y pestes. Habrá también fenómenos espantosos y grandes signos en el cielo. Pero antes de todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, y haciéndoos comparecer ante reyes y gobernadores, por causa de mi nombre. Esto os servirá de ocasión para dar testimonio. Por ello, meteos bien en la cabeza que no tenéis que preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro. Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os entregarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán a causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas».

Pautas para la homilía

«No quedará piedra sobre piedra»

Siguiendo su método pedagógico, Jesús da una enseñanza importante a sus discípulos aprovechando el comentario de quienes en cierta ocasión le ponderaban la belleza del templo de Jerusalén, manifestada en la calidad de la piedra y de los exvotos con que lo enriquecieron algunos personajes pudientes. En tiempos de Jesús el templo estaba todavía en fase de remodelación, pues en torno al año 19 a. C. el rey Herodes el Grande emprendió esta gran reforma. Algunas de las piedras que aún hoy se conservan llaman la atención por su tamaño; algunas tienen una longitud de once metros.

Jesús sorprende a sus interlocutores diciéndoles: «Esto que contempláis llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido». El pueblo elegido ya había experimentado el saqueo del templo por Sheshonq I en el año 925, y su destrucción por los babilonios durante el asedio de Nabucodonosor II a la Ciudad Santa; experiencias que le habían proporcionado una gran lección sobre Dios. El Dios de Israel no está apegado a ningún edificio.

No obstante, Jesús también apreciaba el templo, y acudía a él cuando estaba en Jerusalén. En el episodio de la expulsión de los vendedores del templo Jesús lo califica como la «casa de mi Padre», «casa de oración». De hecho, los primeros cristianos continuaron acudiendo a él para orar. Aunque Dios está presente en todas partes, se hacía presente de un modo especial en el templo de Jerusalén. La escatología hebrea dice que cuando venga el Mesías será reconstruido el templo. Jesús hablará de sí mismo como el nuevo templo. Ciertamente, los cristianos hemos comprendido que él es el templo en el que nos podemos encontrar con Dios. Como el mismo Jesús le insinúa a Natanel, él es la escala que vio Jacob y que une el cielo y la tierra; sólo por esta escalera se llega al Padre del cielo. El Apocalipsis, hablando de la Jerusalén que desciende del cielo, dirá: «Templo no vi ninguno porque su templo es el Señor Dios todopoderoso y el Cordero». Lo que cuenta no es el lugar, sino el encuentro, la comunión con Dios. Eso es lo que se busca en el templo. Es verdad que hay ciertos lugares que facilitan el encuentro, pero no lo aseguran de forma automática.

Jesús insinúa en sus palabras la caducidad de las cosas de este mundo que pasa, incluso de aquellas que consideramos más sagradas, como era entonces el caso del templo de Jerusalén. Sólo hay algo que permanece siempre: la verdad; ésta es inseparable del amor. Las palabras de Jesús no pasan. Ellas son verdad, y son la expresión del amor más fuerte que la muerte. Cuando todo se hunde, solo la verdad y el amor permanecen. Sin embargo, con harta frecuencia ponemos toda nuestra energía en apropiarnos de lo perecedero. Nos equivocamos en la valoración de la realidad. Jesús nos invita a poner el corazón en lo importante, en lo que no pasa, en lo eterno, en Dios. Lejos de desentendernos de las cosas de nuestro mundo, las valoramos justamente cuando las ponemos al servicio del reino de Dios; sólo así estarán de verdad al servicio de la humanidad.

Los tiempos y los signos

Al escuchar esta profecía sorprendente los interlocutores de Jesús le preguntaron: «¿Cuándo va a suceder todo eso?, ¿y cuál es la señal de que todo eso está para suceder?» La respuesta de Jesús no concierne a la destrucción del templo de Jerusalén únicamente, sino a su segunda venida. Jesús les pone en guardia, porque esta segunda venida estará precedida por la llegada de los falsos profetas, que intentarán engañar a la gente diciendo: «yo soy», o bien «el momento está cerca». Jesús nos advierte de que no hay que seguir a quienes anuncian el fin del mundo y que tienen el remedio a todos los males. Esta profecía se sigue cumpliendo hasta hoy. Cientos de personas en el mundo se declaran mesías y tratan de arrastrar a otros tras de sí, muchas veces con fines económicos.

La segunda venida de Cristo estará precedida también por guerras, revoluciones, terremotos, epidemias, hambre, espantos y grandes signos en el cielo. Todas estas cosas han marcado la historia de la humanidad y siguen estando presentes en nuestro mundo. Por eso, estas las palabras de Jesús parecen una descripción realista del mundo en que vivimos. Los ejemplos son numerosos y conocidos por todos.

Jesús nos ofrece un tercer signo que ha marcado la historia del cristianismo y que él mismo experimentó en propia carne: como el Maestro, sus discípulos sufrirán la persecución, la cárcel, la traición por parte de sus padres, parientes, hermanos y amigos, e incluso algunos serán asesinados y todos los odiarán por causa de su nombre.

Jesús es consciente de la violencia que desencadena de su mensaje, a pesar de ser un mensaje de paz y de salvación. Pero las fuerzas del mal extienden sus tentáculos por todas partes, tratando de tocarlo y dominarlo todo, de acabar con la justicia, la verdad y el bien que hay en la humanidad. La injusticia no soporta la verdad ni el bien ni el amor. Les hace la guerra continuamente, de forma abierta o encubierta. La injusticia no descansa hasta destruir el bien. Sin vigilancia también toca el corazón de los discípulos.

Pero la presencia de Jesús es la fuerza de los suyos. No deben tener miedo. Ni siquiera deben preparar su defensa cuando sean arrastrados ante los tribunales. Él mismo Jesús se compromete a darles «palabras (literalmente “una boca”) y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario» suyo. Estas palabras de Jesús llevan implícita la promesa de estar siempre al lado de sus discípulos, de establecer con ellos una intimidad incomparable; no sólo en el momento de la prueba, sino siempre. Jesús sigue siendo el Verbo que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, siempre que éste se deje iluminar, siempre que no oponga resistencia.

Parecen contradictorias las palabras de Jesús cuando dice: «matarán a algunos de vosotros», y cuando dice: «pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá». Esta contradicción aparente se salva si recordamos esas otras palabras también de Jesús: «no tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma». Podrán quitarles la vida, pero no destruirlos, pues Jesús resucitará a los suyos.

La ocasión para dar testimonio

Las pruebas de las que habla hoy el Evangelio son la ocasión propicia para testimoniar la fe. Nuestro mundo necesita, como en todos los tiempos, este testimonio creyente. Alguien decía que «un cristiano que testimonia es un crucificado, pero un cristiano que no testimonia ya está muerto». Es decir, el cristiano verdadero es siempre un testigo de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Si deja de dar testimonio, deja al mismo tiempo de ser cristiano. El testimonio más elocuente y más necesario es testimonio de la verdad juntamente con el de la caridad. Según decía Edmond Barbotin, el único testimonio convincente es el de la santidad.

Para salvarse y alcanzar la vida eterna, los discípulos debemos perseverar en las pruebas, soportándolas con paciencia. La parábola del sembrador deja claro que no es fácil perseverar en la fe hasta el final. Es fácil desalentarse ante las dificultades de la vida, que nunca han de faltar. Jesús no promete un camino fácil, pero sí un camino correcto para alcanzar la ansiada felicidad. Jesús hace bellas promesas, pero no oculta las pruebas por las que hay que pasar hasta llegar a la meta. Sin embargo, contamos con su promesa de que si permanecemos unidos a él nunca nos dejará solos.



Fray Manuel Ángel Martínez Juan
Convento de San Esteban (Salamanca)

Evangelio para niños

XXXIII Domingo del tiempo ordinario - 17 de noviembre de 2013



Destrucción del templo

Lucas 21, 5-19

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, algunos ponderaban la belleza del templo por la calidad de la piedra y los exvotos. Jesús les dijo: - Esto que contempláis, llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido. Ellos le preguntaron: - Maestro, ¿cuándo va ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo está para suceder? El contestó: - Cuidado con que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usando mi nombre, diciendo: "Yo soy", o bien: "El momento está cerca"; no vayáis tras ellos. Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá en seguida. Luego les dijo: - se alzará pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países, epidemias y hambre. Habrá también espantos y grandes signos en el cielo. Pero antes de todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a los tribunales y a la cárcel, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre; así tendréis ocasión de dar testimonio. Haced propósito de no preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrán hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro. Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os traicionarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán por causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá: con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.

Explicación

Jesús recomienda a sus amigos que no se dejen llevar por las personas que anuncian catástrofes, desgracias y tragedias. Cuando oigáis que el momento final está cerca, no tengáis miedo ni os angustiéis. Aunque paséis por momentos difíciles en los que os insulten, persigan y os maldigan no perdáis la calma ni la confianza. Si os mantenéis unidos a mí no tengáis ningún miedo.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

33 DOMINGO ORDINARIO - "C"

Narrador: Ayer estuve en el templo de Jerusalén. Herodes que lo mandó construir debió ser un tirano, según cuentan. Pero hay que reconocer que hizo un buen trabajo con ese templo. ¡Es impresionante, maravilloso, no hay otro igual!

Jesús: Es verdad, amigos, es un gran trabajo; pero ese templo que tanto admiráis, será destruido hasta que no quede piedra sobre piedra.

Narrador: Los discípulos reaccionaron con sobresalto y alarma, y le hicieron a Jesús una lluvia de preguntas:

Discípulo: ¿qué dices, Maestro? ¿Cómo va a ocurrir eso? ¿Cuál será la señal de que eso va a suceder?

Jesús: Tened cuidado, que nadie os engañe. Muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy; pero no les sigáis .

Habrà noticias de guerras y revoluciones, pero no tengáis miedo. Se alzarà pueblo contra pueblo, reino contra reino. Habrà grandes terremotos, hambre y epidemias; sucederán cosas espantosas y se verán cambios en el cielo.

Narrador: El rostro de Jesús se había transformado y su voz sonaba fuerte entre sus discípulos.

Jesús: A los que me seguís, os perseguirán, os llevarán a la cárcel y ante los reyes y gobernadores por causa mía. Así está escrito. Siempre os he dicho que seguirme a mí no es fácil, pero yo estaré siempre con vosotros.

Discípulo: Mira, Jesús que tus discípulos somos pocos y no tenemos medios para la defensa y estamos llenos de miedo.

Jesús: Yo os daré palabras tan acertadas que nadie podrá contradeciros. Cada vez seréis más y no tendréis miedo, porque yo estaré con vosotros. Estad tranquilos y sin temor, porque ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. Quiero decir que, con vuestro testimonio y aguante, conseguiréis la Vida.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández